



En la montaña con Baudrillard¹

On the mountain with Baudrillard

Martín Hopenhayn²
martin.hopenhayn@cepal.org

El aura de los filósofos

Empiezo hablando de mí. Estamos en los años 1978-1979. A los veintitrés años en París, la filosofía es un desafío que me sobrepasa. Un complejo con el idioma, y con la plasticidad reflexiva de los franceses en la anárquica sede de Vincennes, me convierte en un estudiante tímido. Recordemos los filósofos que en ese momento concitan la mayor atención en Francia: Gilles Deleuze, Michel Foucault, François Châtelet. Deleuze y Lyotard tienen algo de esotéricos: difíciles de comprender, rodeados de seguidores que les dan brillo y misterio, y que entorpecen el acceso. Châtelet y Foucault más claros: el primero es más comunicador que filósofo, y el segundo tiene el ángel de la transparencia -herencia de las Luces- a flor de piel.

En Francia los filósofos tenían, por lo menos hasta fines de los 70, restos de aura. Deleuze habla bajito, arrastra un cuerpo débil y descuidado. Se viste sin concesiones a la moda ni a la estética; puede parecer marginal. Pero ese mismo contraste es parte de su aura: insignificante en su cuerpo, deja que toda la epifanía se concentre en el discurso. Así, su presencia me reflejaba siempre un más allá de mis posibilidades, algo que superaba mis posibilidades de tocar. Hacía su curso semanal en Vincennes todos los martes de diez de la mañana a una de la tarde, de un solo tirón. Había que llegar a las nueve para encontrar asiento en una sala con cupo para más de doscientos. Después de las nueve y media podían acumularse más de cincuenta personas de pie, contra paredes y ventanas, sin moverse durante tres horas. Entre el humo de cigarrillos y otras cosas, la figura de Deleuze, con sus incabables uñas enroscadas, apenas se movía, y su extraña voz inventaba combinaciones frenéticas. Yo miraba asombrado, entendiendo la mitad, intuyen-

¹ Publicado en *Revista de Crítica Cultural*, n.º 7, noviembre de 1993, Chile. Agradecemos a editora Nelly Richard pela autorização da sua publicação.

² Licenciado y master en Filosofía de la Universidad de París. Es Oficial de Asuntos Sociales de la CEPAL y las Naciones Unidas en Chile y profesor de Filosofía en la Universidad de Chile y la Universidad ARCIS, en Santiago de Chile.

do la otra mitad, y escuchando comentarios y preguntas de alumnos más delirantes que el propio Deleuze.

Foucault era el brillo, la inteligencia, la fineza y la impecabilidad. En el Collège de France, donde entonces hacía su conferencia semanal todos los miércoles, quien no llegaba una hora antes tenía que tomar asiento en la sala contigua de conferencias. Estoy hablando de salas para unas doscientos a trescientas personas, y de conferencias cuyo lenguaje y tema no eran precisamente para neófitos. Así y todo, la mayoría de los asistentes tenían que conformarse, entonces, con la voz en los parlantes.

Lyotard se veía bastante más juvenil, pero era mayor que los anteriores. Una pinta "casual", informal pero elegante, lo convertía ya en candidato más probable a portavoz del postmodernismo. Su aura no le venía por imagen de genio delirante, ni por la claridad absoluta, como en los casos de Deleuze y Foucault. Era claro pero no irradiaba luz. Y era delirante, pero no llegaba al misterio. Todavía no había saltado al estrellato (la palabra postmodernidad no había tenido su consagración en el breve texto de este filósofo), y era más accesible (sala llena, pero sin parados). Pero había en él una serena seguridad: la voz que sale sin fisuras, con pausas perfectas, y un dominio de la tradición filosófica alemana que daba miedo.

Châtelet juntaba un par de cientos en Vincennes, sobretodo de la izquierda del Tercer Mundo que venía a aprender de los franceses sobre ideologías vigentes y obsoletas. Tenía la pinta perfecta de viejo filósofo, con melena blanca y larga, sobretodo sombrío, un rostro ancho y una mandíbula que se movía como las quijadas de los muñecos. Hablaba bien, siempre rubricando las exposiciones con frases de bronce. No le costaba nada, o casi nada, proyectar aura en torno a sus irreprochables corolarios.

Baudrillard, en cambio, sonaba menos todavía. Protagonista de las páginas que siguen, era todavía más sociólogo que filósofo, y le faltaba pegarse el salto que en los 80 lo lanzaría al umbral de la originalidad de pensamiento. Faltaba el Baudrillard escritor y el Baudrillard insólito para mitificar al hombre de carne y hueso. Apenas supe de su existencia antes de empacar mis cosas, y volver con un modesto título de magíster bajo el brazo a buscar trabajo en las universidades chilenas.

Así me fui de París. No volvería a tomar contacto personal con los áuricos filósofos parisinos. Leerlos sí: mucho más aquí en Santiago, años después, que en Francia. París es más para caminar que para seguirle la pista a un filósofo. Recién a la distancia me tomé el tiempo de hincarles el diente, aprovechando los ligeros mimetismos que pude efectuar en París para enriquecer la lectura posterior. Me llevó tiempo darme cuenta lo mucho que me había servido esa pasada por las irrespirables salas de Vincennes. Un provecho poco claro, nada sistemático, pero fértil.

Poco pudoroso resulta hablar así de la filosofía y de uno mismo. Pero de otro modo no se entiende lo que viene a continuación: mi paseo a la montaña con Jean Baudrillard,

hace unos meses, y la afortunada crisis de aura filosófica que explicaré en las páginas siguientes.

Si Baudrillard viene...

Marzo del 93. Suena el teléfono. Gonzalo Contreras, amigo a cargo del área de extensión cultural del Teatro Municipal en Santiago de Chile me cuenta que traen a Baudrillard y que hay que armar una mesa sobre postmodernidad en el Municipal. No sé si creerle, pero antes de colgar digo que sí, por supuesto acompaño a Baudrillard en la mesa. Vuelve a llamarme a los pocos días. "Si Baudrillard viene, me dice, ¿estarías dispuesto a introducirlo y comentarlo en la conferencia?". Por supuesto que sí, vuelvo a decir, todavía sin creer mucho en el asunto. A los días estoy almorzando en un restaurante italiano, en el centro de Santiago, con Gonzalo Contreras y... Baudrillard! Han pasado sólo dos semanas desde esa última llamada telefónica, y tenemos una hora de almuerzo de trabajo para preparar la Conferencia de esa misma tarde. Así de rápido fue.

Almuerzo y conferencia

Para el almuerzo éramos cinco. Llegué sin saber cuál de los comensales era Baudrillard. Casi lo confundo con el director del Instituto Chileno-Francés de Cultura. Saqué un francés en desuso que tomó un almuerzo en recuperar algo, pero siempre tartamudo. Tipo sencillito Baudrillard. Se le notaba un aire rural del sur de Francia. Después, el propio Baudrillard me lo confirmaría.

Afable y sencillito. Como si no hubiese salido del pueblo de origen en el "Midi" francés. Llano, macizo. ¿Por qué uno siempre imagina a los filósofos franceses con rasgos finos, delicados de cuerpo, frágiles en su caminar? En esto, Baudrillard es a la filosofía francesa lo que Columbo a los protagonistas de series policiales.

Baudrillard no habla como filósofo. Menos como parisino. Le gusta el vino tinto. Pero lo bebe a la manera reposada y concentrada de un francés del sur. Tiene, a pesar del vicio del cigarro, un aire sano, de una salud que se adivina en sus manos macizas y en su perfil robusto. Parece llevar mucha sustancia en el cuerpo, como si desde allí se nutriera para pensar. Con razón cuando escribe, se le nota el "feeling". El aire de provincia le da oxígeno al pensamiento. Pero no a lo Heidegger, pese a que es un referente en las ideas de Baudrillard. Hay más curiosidad por el cuerpo, las sensaciones y las formas, en Baudrillard que en Heidegger. Menos ontología y más contingencia. Menos esencialidad y más plasticidad.

La tensión baja y el almuerzo fluye. La conversación es básicamente "décontracte". Baudrillard está cansado, necesita una siesta para pasar el *jet-lag*. Pero igual se pone en el diálogo. Buena onda. Enganchamos en una conversación donde lo cotidiano, lo estético y las ideas se confunden. Esta

misma falta de jerarquía empieza a relajarme. ¿Soy el mismo que hace 13 años temblaba, haciendo la fila en Vincennes para poder hablar cara a cara con Deleuze durante 30 segundos? Demasiado *naïve*. Entre tanto Baudrillard me pregunta si tengo por escrito el comentario a su texto de conferencia, que me ha llegado una semana antes. "Lo siento, le respondo, lo ando trayendo en español." "No importa, me dice, lo leo igual y algo podré entender."

A la tarde, la conferencia es con un público que probablemente Baudrillard no esperaba tan lejos de Francia. La sala llena, calurosa, con falta de aire. Mejor: más sensación de filosofía caliente, de discurso pegado al cuerpo. Nos juntamos en la sala contigua antes de largar (siempre hay una sala contigua). El otro en cuestión, Arturo Fontaine, llega casi tarde. Mientras tanto Baudrillard se me acerca y comentamos mis comentarios. Siempre llano. Todavía le tengo el aura puesta, pero no me inhibe. En cuanto a la conferencia, todo fluye. Al principio, la torpeza de encontrarme en una posición que no es la mía: introducir al señor Baudrillard a un vasto público. ¿Lo presento como filósofo, campeón de la postmodernidad, escritor, sociólogo de vanguardia, francés de última generación? A final me salen dos minutos empaquetados que sólo el propio Baudrillard rompe cuando se lanza de cabeza al texto que trae preparado.

Una hora y silencio total. Nadie se va. A continuación, el cóctel que nos reúne, junto a otros franceses y chilenos, en un departamento del barrio alto, en un último piso, y cuyo dueño no pude identificar. Allí me acerco a Baudrillard y le propongo, sin la menor inhibición (¿habría acaso algún motivo para tenerla?), un paseo a la montaña. El entusiasmo no se disimula en su cara. Le pasa lo que nos pasa a tantos cuando nos toca ir a dar una conferencia fuera del país: quiere conocer algo más que colegas, salas de conferencia y restaurantes con buenos antipastos. Me dice, casi con complicidad, que son pocos los días en Santiago, pero se encargará de agrupar actividades para dejar el jueves libre. Estamos a martes. Al mediodía del jueves, después de pasar una maratón de entrevistas en el Instituto Chileno-Francés, se escapa. Subimos al auto. Ya vamos subiendo la cuesta.

Cae el aura y aparece el sujeto

Esto duró unas cinco horas, con almuerzo y una caminata en Valle Nevado, el espectacular anfiteatro natural de alta montaña con un hotel 5 estrellas en el medio, que en el mes de marzo es como el castillo de Kafka: un monstruo vacío, desprovisto de motivo, casi como una epifanía de la gratuitad.

Llegando arriba nos bajamos del auto. Hacia abajo Santiago está cubierto por la clásica masa gris-oscuro de *smog*. "Allí tiene, le digo, los resultados de su crítica a Biosfera-2, esa utopía ecológica que tanto objetó en su conferencia. ¿No es preferible la asepsia ambiental que esta pesadilla tóxica?". El comentario lo traía preparado desde Santiago, pero sonó es-

pontáneo. Nos reímos y empezó a tutearme. Le devolví el gesto de confianza. De allí en adelante la cosa se relaja cada vez más. Casi me olvido que estoy hablando en francés. Un francés mal hablado, pero que se hace entender. El tema: los viajes. Empezamos a intercambiar experiencias de sequedad: Baudrillard pone el Death Valley en California, y la puna en el norte argentino. Yo retruco con San Pedro de Atacama.

La empatía aparece cuando queremos atrapar las sensaciones de sequedad, los viajes psicodélicos en el desierto, el límite de la razón transgredido por los paisajes oníricos. Nadie en las pistas de esquí. Le muestro el Cerro del Plomo por detrás, con 5.400 metros sobre el nivel del mar. Le impresiona la altura, pensando que el Mont Blanc, la cumbre más alta de Europa, no llega a los 5.000. Le gusta, a Baudrillard, esta dimensión de inmensidad en la cordillera. La busca. Casi como si eso lo hubiera traído a Chile. Me confiesa, más adelante, que el motivo más fuerte para venir era viajar con su actual compañera por los Andes chilenos. Pero a última hora se encontró con una lamentable sorpresa: no le financiaban el pasaje a su mujer, que tuvo que quedarse en Lisboa. Por eso acortó su estadía aquí. De otro modo habríamos partido cuatro al desierto ese fin de semana.

Me olvidaba de su obsesión por los alacalufes, una etnia en extinción de la patagonia chilena. ¿por qué tanto? Le pregunto. Y allí un rollo bonito, pero demasiado despiadado para un chileno: no hay pueblo que se conozca tan condenado a morir como los alacalufes: no poseían nada, no reaccionaban a las matanzas, sólo mendigaban lo mínimo en la más radical resignación. ¿Y qué tiene eso de llamativo? pregunto. "El abandono, el total abandono", responde Baudrillard. Me olvidaba: el filósofo del Apocalipsis, de las ausencias finiseculares. Yo no me habría detenido a pensar en los alacalufes como máxima expresión del abandono. Pero yo estoy aquí, y no allá: ni en la Patagonia, ni lo suficientemente lejos.

Seguimos. Almorzamos. Entramos a un Peyton Place que yo no habría imaginado: la *intelligentzia* parisina. Empiezo a enterarme de las pequeñas caídas de todos los áuricos. Foucault y sus secuaces le quitan el saludo a Baudrillard cuando éste escribe su imaginativo "Olvidar Foucault". Las feministas le ponen la cruz luego de su bellissimo libro sobre la seducción. La izquierda lo condena al ostracismo por su rollo sobre la izquierda divina, y los franceses lo tildan de americanizado por sus relatos de autopista en el oeste norteamericano. Los sociólogos serios lo postergan por inconsistente, y él se siente condenado a opinar sobre postmodernidad donde quiera que vaya, cuando ya hace mucho ha descartado la noción misma de postmodernidad. En París es un solitario y un proscrito. Tiene que hacer clases como profesor adjunto porque la Academia le niega status de profesor titular. Y lo que más lamenta de todo esto son los incidentes con la plana editorial de *Liberación*, el periódico que hasta hoy quiere encarnar la herencia de mayo del 68: él, que siempre mantuvo un lazo afectivo y profesional con el diario, queda margi-

nado por recomendación de la "intelligentzia" francesa. Le duele, reconoce que esto último de verdad le duele.

Seguimos con mayo de 68. No sabía yo que Baudrillard mantiene su corazón pegado a mayo. Después de mayo, me dice, nada volvió a ser igual. Pero tampoco nada pudo igualar a mayo. Su postura en mayo fue la de los rayados en los muros del barrio Latino. Aprovecha a tirarles palos a algunos colegas, muy conocidos entre nosotros, que se apresuraron a buscar caminos de conciliación, lejos de las barricadas. Desde entonces Baudrillard quiere apostar por los márgenes, las transgresiones y las perspectivas oblicuas. Le duele la lejanía de mayo como le duele sentirse segregado por el último de los bastiones: el diario *Libération*.

Pregunto por mis mitos. De Cioran: está enfermo, tal vez senil, desconoce hasta a sus más cercanos. Deleuze ha tenido que recurrir a un respirador para prolongar la vida en sus pulmones. Los áuricos agonizan o pierden lucidez. Queda, sin embargo, este hombre con pinta de campesino bien parado que es Baudrillard. Sólido, calmado, risueño.

Llegamos a Valle Nevado. Increíble ver marzo, despoblado y sin nieve, este supercomplejo hotelero que se levanta en medio de macizos y acantilados a 3000 metros de altura y en medio de la cordillera. Toda una conversación sobre Kafka, realidades virtuales y pérdida de realidad a partir del Valle Nevado. Este invierno, me comenta, en los complejos de esquí en Francia se dio una paradoja que tiene su encanto. Todo el mundo esperaba en los hoteles y refugios de invierno que nevara para salir a esquiar, pero nada. Al final los esquiadores se aburririeron y empacaron. De regreso a París por falta de nieve, quedaron atascados en la bajada de la autopista, por una... tormenta de nieve! Algo parecido a Valle Nevado sin nieve: la lógica económica puesta de cabeza: un delirio hipernormal, la rentabilidad en un paréntesis, la supresión de la mortalidad en un momento de máxima hotelería y soledad.

Del absurdo de Valle Nevado pasamos a un tema que al parecer lo entretiene mucho: la sociedad y cultura norteamericanas. La disneylandización del universo, el simulacro que se convierte en fantasía calculada, la majestuosidad del Gran Canyon ridiculizada por miles de poleras multicolores que bajan al compás de un programa turístico a bajo precio. Estados Unidos, me dice Baudrillard, es la muerte de la realidad: allí está la verdadera postmodernidad y desde allí se expande con toda su fuerza centrifuga. No hay miradas sino ojos de cámaras. No hay naturaleza sino una imitación que la naturaleza hace de la postal y del concepto de paquete de diversiones.

También hablamos de drogas. Descartamos la coca y las anfetaminas porque no aportan nada. No nos metemos en el rollo moral o delictivo. Las drogas naturales, otra cosa. Allí nos encontramos: más cerca del panteísmo. Ahora que lo pienso, el discurso de Baudrillard revela ese filón panteísta que me reveló a propósito de las drogas. Esa proximidad a los objetos, casi como si dentro de ellos hubiese una

mirada hacia fuera. Así escribe Baudrillard, y tiene algo que ver con la experiencia límite que aportan las drogas naturales: el peyote, los hongos y la marihuana. No por nada aparece el tema, y los dos nos demoramos en abandonarlo. Conversarlo es despertarlo.

A las seis de la tarde una brisa fresca se deja caer sobre la montaña. Antes de subir al auto Baudrillard empieza una sesión de fotografías. Una máquina aparatosa, estilo años 70, con un teleobjetivo peso pesado. "¿Te gusta hacer fotos?". Si se piensa en su libro de carreteras norteamericanas, se explica una afinidad con la fotografía. Se agacha, se tuerce, va y vuelve en busca de ángulos. Nada de personas: montañas, bajadas, cielos. Una vez más el amor por los objetos, el vuelo rasante de la seducción. Baudrillard se lleva un montón de fotos de pedazos de cerros para reconstruir en un departamento parisino. La rocosa sequedad podrá ser un insumo en el discurso que inquieta con evidencias sobre el despoblamiento del mundo.

Bajando, cansados, los silencios empiezan a acumularse entre los comentarios. Al pasar lo miro sin desviar la atención del camino, después de una curva. Ha perdido el aura. Me gusta así, de igual a igual. No hay resplandor, sino una humanidad de sesenta y tantos años algo cansada, mucho menos desencantada de lo que sus textos sugieren, con el asombro a flor de piel incluso para atestiguar la inexorable sordera del mundo. Llegamos a Santiago, y de allí vemos el Cerro El Plomo. Es él quien lo comenta: "Qué distinto se ve desde Santiago". Hacemos una escala técnica en casa de mi compañera, y su hija de seis años nos asalta por la ventanilla del auto. Saluda a Baudrillard y pregunta su nombre. Le explico que mi amigo sólo habla francés. Ella anuncia, sin la menor inhibición, una canción en francés recién aprendida. La canta con gracia. El escucha y celebra, como todo adulto que no puede sino celebrar estas gracias convencionales y entusiastas.

¿Habría imaginado yo hace diez o doce años que la hija de mi compañera le cantaría, al pie de un auto, una canción infantil a Baudrillard?

Lo dejo en el Hotel carrera, después de cinco horas de montaña. Intercambiamos direcciones. Nos saludamos con afecto, y se encamina hacia un descanso necesario para retomar lo que le espera más tarde, en un medio cultural que aprovecha a estrujar su visita: un reportaje para la televisión. Se aleja del auto sin reparar que, en algún momento impreciso de este paseo a la montaña, se le cayó el aura.

Por mi parte enciendo el motor y me sumerjo en el tráfico de las siete y media. El mal humor no tarda en llegar en medio de un embotellamiento. Pero está bien. Todo lo sucedido está bien. Necesitaba enterrar el mito del filósofo áurico para empezar a reconstruir historias desnudas. Para Baudrillard el día empezó y terminó siendo un buen paseo a la montaña, que le daba un poco más de sentido a su largo viaje hasta Chile. Para mí empezó una tarde mitológica en que me iba a los cerros con un portador de misterio, y terminó siendo otra tarde mitológica

en que el aura quedó revoloteando en los absurdos cristales de un absurdo hotel de quince estrellas, en medio de un paraje cordillerano que sí tiene, invariablemente, algo de mágico.

De Baudrillard, el francés del "Midi" que no se complica la vida para conversar, y que se nutre del paisaje para

pensar, casi puedo decir que le agarré cariño, sabiendo que probablemente no volvería a verlo.

Submetido em: 10/04/2007

Aceito em: 07/05/2007